

José Ignacio Gallego

*Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus, singula  
dum capti circumvectamur amore.*

*«Pero entre tanto huye, huye irreparable el tiempo,  
mientras nosotros atrapados por el amor damos  
vueltas una y otra vez a las mismas cosas de una en  
una».*

*Virgilio, Geórgicas (3: 284)*

# 1

María abrió lentamente los ojos. El perro seguía allí sentado. Gruñía amenazador, tan cerca de ella que sentía repugnancia de aquella sucia respiración y un incontenible terror de sus ensangrentados colmillos. Le dolían las piernas como si le hubieran clavado cientos de pequeñas agujas, y la sien derecha le ardía. El bosque la envolvió con sus sonidos, como en un sudario verde y marrón del que resultaba imposible escapar. Se recostó muy despacio en un gran roble, cuidando que sus movimientos no provocasen una fatal reacción en aquel animal. El temible perro negro tenía en su mirada una cierta mezcla de displicencia y atención. La persiguió durante varios kilómetros por aquel bosque, hasta saltar sobre ella aprovechando un momento de agotamiento y hacerla caer. En aquel momento todo se volvió blanco, y al recobrar el sentido se dio cuenta del enorme chichón en su frente, y sintió un insoportable escozor.

Era una pena que el tremendo golpe no le hubiera borrado la memoria de los últimos días. El regreso a aquel pequeño lugar, del que tenía un puñado de buenos recuerdos de una infancia feliz, constituía el punto final de un proceso dantesco.

Sin dejar de gruñir, El animal se sentó delante de ella, apenas a un par de metros, y lentamente estiró las dos patas delanteras hasta tumbarse de forma pausada. Abrió la boca en un gran bostezo de desahogo, enseñando de nuevo su aterradora dentadura.

## Y el viento cambió

Maldito cabrón, pensó María, No me va a dejar marchar fácilmente. Miró a su alrededor buscando algo que pudiera serle útil para deshacerse de aquella inquietante presencia. Esto es un bosque. Tiene que haber palos o piedras. No sé si es buena idea, pero este maldito perro no me puede detener. No puedo dejar que ese cerdo me coja, y me devuelva a ese infierno, o tal vez algo peor. Aunque no sé si puede haber algo peor.

María miró al perro mientras intentaba recuperar la respiración tras media hora de carrera por su vida. El animal estaba atento pero tranquilo, y respiraba con rapidez, con la lengua fuera. También fue una larga carrera para él. Y eso podía darle la oportunidad que necesitaba. Cuanto menos, debía estar a media hora de distancia de aquel tipo y su pistola. Debía actuar con presteza. Su cabeza no le dejaba pensar con claridad porque una pregunta le venía siempre a la mente, como un mantra infinito: *¿Cómo le pasó todo esto?* Poco a poco, María empezó a sentirse pesada, y de nuevo un velo blanco, plagado de recuerdos, fue interponiéndose entre sus ojos y la vista de aquel viejo bosque.